

¿Inteligencia artificial?

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

De ser un puro asunto de especialistas, el tema de la inteligencia artificial ha pasado a ocupar y preocupar a la opinión pública, hasta convertirse en uno de los asuntos más sorprendentes, a la vez que preocupantes de nuestra actualidad. La sorpresa del fenómeno ha dado lugar a todo tipo de especulaciones sobre lo que puede llegar a suceder en el próximo futuro. De hecho, ha puesto en guardia a las principales instituciones internacionales, que han comenzado a plantearse cómo controlar este nuevo y revolucionario fenómeno, preocupadas por no llegar tarde a su necesaria regulación y control. De lo que no parece haber duda razonable es que promete ser una de las mayores revoluciones técnicas acaecidas en la historia entera de la humanidad, que está llamada a transformar muy profundamente la vida de nuestras sociedades. De ser esto así, la reflexión sobre ella es muy razonable pensar que habrá de ocuparnos de modo cada vez más intensivo a lo largo de los próximos años, quizá décadas.

En estos inicios del proceso, la primera pregunta que cabe hacerse es la referida a lo que los escolásticos llamaban el *quid nominis*. ¿Es correcta la expresión inteligencia artificial? ¿Qué significa exactamente? ¿Sabemos con precisión de qué estamos hablando?

La palabra *inteligencia* procede de la raíz latina *lego* que significa leer, por lo que originariamente *inteligencia* tiene el sentido de “leer dentro” o “captar la esencia o realidad” de algo. En la filosofía antigua, esto acontecía mediante el proceso mental de abstracción de la llamada forma respecto de la materia, de tal modo que entender algo era captar con la mente lo que ella es, eso que los filósofos griegos llamaron su forma, abstrayéndola de la materia. Al decir que algo es una silla, la materia de la silla no penetra en nuestra mente, pero sí su forma, eso que nos hace decir que es una silla y no cualquier otro objeto. Esa captación de la forma, que viene a identificarse con la esencia de las cosas, en este caso de la silla, es la que expresamos atribuyéndole un nombre, silla. El lenguaje es, según esto, la expresión de esa esencial formal de las cosas. Los griegos utilizaron una palabra, *lógos*, para designar este sorprendente fenómeno, y de ahí que ese término signifique en griego tanto razón o intelección como palabra. Y Aristóteles definió al ser humano, a diferencia de los demás seres vivos, como el animal dotado de *lógos*, es decir, de razón y de palabra, lo que le distingue de todos los demás animales.

Esta es la definición de inteligencia que ha circulado a lo largo de toda la historia de la cultura occidental, hasta hace relativamente poco tiempo, en que la ciencia que se

ocupa del estudio del comportamiento animal, la etología, empezó a hablar de “inteligencia animal”, algo incomprensible en toda la tradición anterior. Mucho más reciente es aún la expresión “inteligencia artificial”, nacida con el auge de la informática en el último medio siglo. Y surge la pregunta: ¿cabe hablar de inteligencia a propósito de las máquinas? ¿Son las máquinas inteligentes?

De acuerdo con la definición griega de inteligencia, evidentemente, no. Las máquinas, al menos por ahora, no son capaces de llevar a cabo el proceso de abstracción de que hablaban los filósofos antiguos, ni tampoco de aprehender las cosas como realidades. Su gran habilidad está en el procesamiento y manejo de la información, de tal manera que las máquinas son inteligentes si por inteligencia entendemos, como hoy es usual, la capacidad de procesar información. En este sentido amplio, amplísimo del término, no hay duda de que los ordenadores son inteligentes, y los animales también. Es más, poco a poco vamos asumiendo el hecho de que, así definida la inteligencia, los animales, y sobre todo las máquinas, son en ciertos tipos de funciones más inteligentes que los propios seres humanos.

Pero inmediatamente surge la objeción de que las máquinas no tienen conciencia de lo que hacen, ni por tanto pueden salir responsables de sus actos. Tanto de los animales como sobre todo de ellas nos separa, entre otras características, la ética. No parece que las máquinas tengan conciencia del deber. ¿Podrán adquirirla en algún momento? No lo sabemos, pero tampoco podemos descartarlo completamente. En la naturaleza son continuos los saltos de la cantidad a la cualidad, de tal manera que de la complejización de estructuras materiales acaban surgiendo propiedades no solo nuevas sino cualitativamente distintas a las de las anteriores e irreductibles a ellas. Es la teoría que se conoce con el nombre de “emergentismo”. Sin ella es imposible entender la evolución de los seres vivos, en la que los saltos de la cantidad a la cualidad parecen haber sido muchos. ¿Llegarán algún día las máquinas a ser inteligentes, no en el sentido amplio y actual de ese término, el de capacidad de procesar información, sino en el sentido de tener conciencia de lo que hacen? ¿Podrá darse ese salto? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que por ahora ese salto no se ha dado y que, incluso en esta época de euforia y optimismo ante los resultados de la inteligencia artificial, el momento parece lejano. Pero tampoco puede descartarse.